

PRIMER PUESTO

A los pies de la cruz

Fabio Andrés Vinasco Ñustes

“Andrs Trece”

Arquitectura

Facultad de Arte, Comunicación y Cultura

fabio.vinasco@uniagustiniana.edu.co

A las madres de Soacha.

Eran seis en el Calvario, a los pies de la cruz.

Bajó la mirada, pero no supo cómo consolar a su madre; había salido de casa buscando pan, vino y algo más que poner en la mesa, pero una falsa promesa, un falso amigo, un gobernante ambicioso que deseaba reafirmar su poder, un soldado que valoró más un premio que una vida, soltaron al bandido pero le apresaron, malvistieron y humillaron, le habían impedido volver al lugar de sus amores.

Clavado en la cruz apenas podía ver las lágrimas de su madre que rodaban a mares por sus mejillas y no podía estirar la mano para acariciarla y decirle que todo iba a estar bien. Poco a poco la luz del día cedió el horizonte a la oscuridad y su mirada se perdió en la distancia viendo el último suspiro del ocaso. El aire se llenaba del olor húmedo de la tierra y, aunque buscó otra mirada que se encontrara con la suya entre quienes iban a ver su cuerpo, sólo encontró oscuridad, más noche, los ruidos de la selva y los llamados de animales que parecían gemir su pérdida. Subió la mirada al cielo buscando alguna señal y, mientras contemplaba las estrellas, sintió el peso de la noche sobre sus ojos. Exploró ese silencio lleno de sollozos, de más dolor. Allí sonaba la manigua con sus mil voces, acá los soldados que se jugaban a la suerte su ropa, allá (como un susurro) alguien que hablaba con el padre, reclamándole, sin entender ese destino de papel, escrito para alguien más, para otro hijo del hombre, para otras madres y otras vidas.

El gobernante quería ganar el apoyo de un sector conservador que sentía amenazada su forma de vida por la inconformidad de un pueblo oprimido; no tardó en cruzar la fina línea entre la ley y el crimen para mostrar un resultado de sangre, y ese cuerpo sin vida, en la cima del monte, con el costado herido y los harapos colgando

permitía presumir el ejercicio de un poder innombrable. Pocas cosas calman la sed de quienes detentan el poder como la sangre. Poco le valía soltar al criminal y condenar a muerte al inocente.

Para el soldado que seguía sus órdenes esa era una guerra maldita, de jornadas marcadas por la muerte, de temor, de zozobra, de largas caminatas que contrastaban con la riqueza que se veía en las capitales. Entre los matorrales, en cada kilo que el gobierno de turno simulaba quemar pero que escondía y traficaban, iba la cruda realidad de los muertos inocentes, de las vidas segadas, de las esperanzas rotas; pero las verdades de prensa eran otras, y él ahí, metido en el monte, con los pies ampollados y la espalda rota por el peso del menaje. Sólo tuvo que ponerle unas sandalias y un letrero que trajeron con los periodistas, las cuatro letras que despertaban el odio de sus jefes; y después de las fotos y de las mentiras: el permiso, el descanso, unos días en la babilonia capital, una puerta al gozo fácil donde gastar sus mal habidos denarios. Qué era la muerte de otro frente a esa promesa, si igual son carne de cañón y nadie los reclama, y si los reclama también les ponen botas y les toman fotos y les cosen cartelitos a la ropa y les ponen esas mismas armas y esos mismos uniformes de feria, y mejor estar de este lado que del lado de la bala, y pues sí, son muertos, pero no son tantos, y al fin y al cabo tiene el alma podrida y en el infierno será lo mismo un día que mil, porque ese es el castigo, pero la vida es corta y él quería el descanso. De repente, sintió el olor de la sangre y se le secó la boca; pensó en tomar algo de agua, hasta que sintió las gotas que le mojaban la cara y pensó en si sería sangre de la herida en el costado, y se le vino el peso del mundo al estómago, como una patada que le desocupó todo y el mareo que le hizo acostarse en el piso con los ojos puestos en las estrellas que pueblan el campo, huyendo de la luz artificial de las ciudades, donde ya no las vemos. Sus miradas eran una.

La fiscal trató de ponerse en pie, pero la escena nauseabunda la ataba al piso, era obvio que algo hedía en ese cuadro mal pintado pero los soldados le juraban del combate, de las balas, de ese cuerpo al que la ropa de guerra le quedaba grande, de esas manos que nunca habían disparado. Dudaba de sus palabras y de las versiones porque cambiaban levemente: en unas iba caminando, mientras silbaba una canción memorable; en otras, iba llamando pescadores, que dejaron todo por seguirlo; en otras, iba iracundo al templo sacando a correazos a los mercachifles; en todas era distinto y el mismo. Ella sabía que por más insistencia en que ese hombre estaba en todos lados y en ninguno, el cuerpo con los balazos por la espalda y los dos zapatos derechos, estrechos y mal amarrados, contaba una historia que nadie quería oír, de violencia, de mentiras, de un gobierno tapando con cadáveres de inocentes los huecos de miseria que construía con cada indecisión. Sintió que todo se le venía encima levantando aquel cadáver, tomando medidas, fotografías, entrevistando tropa. El olor de la mentira la envolvía como un vértigo maligno en el que giraban las palabras imborrables de la madre que buscaba a su hijo, al humilde carpintero que se fue con unos amigos y no había vuelto; él siempre llamaba y no era de irse por ahí, porque sí. Esas palabras resonaban en su mente, ese dolor ahora era suyo, pero los soldados, la mentira, las balas, el uniforme, todo contaba algo demasiado terrible para creerlo. El vértigo que la envolvía se hizo más fuerte y ella tuvo que recostarse, levantar los ojos, oler el aire tibio y húmedo que la rodeaba como unos brazos muy antiguos, cansados, familiares, ancestrales. Vio que las estrellas se movían y se asustó, pero comprendió que era la luz de las luciérnagas, que se quedaban quietas por segundos como si vieran a saludar el cuerpo que seguía ahí cuando comenzó la lluvia que trajo más insectos, olor a barro, sangre y tristeza.

El falso amigo saltó por encima del antiguo muro de piedra y corrió toda la noche hasta llegar a un pequeño descampado. Cuando

sintió que los demás ya no le perseguían, pudo abrir el saco de monedas para contar el par de pesos que le dieron los soldados por llevar hasta ese huerto de olivos al inocente, al que engañado confió en sus palabras. En ese cercado, entre risas y miradas cómplices, los verdugos dieron a la tierra la sangre del cordero, rieron y bebieron mientras él pensaba en ese dinero maldito y en que sus nombres serían infames por el resto de los días. Pero ellos ahora le pedían silencio y él estuvo dispuesto a guardarlo hasta que vio el cuerpo inocente; entonces, pudo más el miedo y gritó y corrió por la trocha, y se imaginó ahí: tendido en el suelo, sin nombre, ensangrentado, con el tiro del fusil en la nuca, porque así son, cobardes y se ceban de la sangre de los más débiles, de los indefensos, de los hambrientos, de los que anhelan un futuro mejor.

Escuchó ruidos en la manigua y salió corriendo de nuevo. La bolsa de monedas quedó allá, pero esto era para salvar la vida, que vale más, pero él había vendido muchas y era hora de pagar, y corrió hasta desmayarse y sólo sentir la hierba que olía a agua y a paz y a la vida que crece sobre las fosas, sobre los cementerios que tapamos con agua para no ver nuestros crímenes; no importa que ya no se pueda sacar pescado y que el río también se muera mientras se vea el espejismo y las personas puedan sacar sus barcas y tener dónde pasar el puente con sus familias, porque la ciudad está invivable.

Ellos lloraban presos del miedo, eran pescadores y dejar la atarraya para irse a la ciudad era como morir, pero igual el gobierno les inundó la vida con un espejismo que nunca pudo funcionar porque toda la plata se fue en sobornos y no hubo estudios, y el río reclama lo suyo, bien lo sabían: que de la luz no se come, hace falta poner pescado y yuca en la mesa. Cuando recordaron los tiros que se oían en la noche, rompieron en llanto, le dijeron a la fiscal la verdad: que por allá no hay gente mala, ni guerrilla, ni combates, que no conocían al muchacho que sacrificaron en el huerto ni lo habían visto nunca, pero nadie oye a la gente en los campos y ellos

ya estaban empacando porque tras esas historias, falsas, llegan los violentos, los despojadores, los que van por los títulos de la tierra o de la playa y los matan sin preguntar, sean de aquí o de allá.

Antes de irse, invitaron a un sancocho que olía a cielo, a los frutos que da la tierra y el mar, que ahí se aprovecharon por siglos desde antes del primer saqueo, el español, el que pasó a cuchillo a los indígenas porque tampoco se arrodillaron y tampoco entendieron la trampa que les tendían cuando les hablaban de progreso.

Y lloraron por ellos como hoy llora la madre a ese hijo que adoraba y que buscó por tierra y mar hasta llegar ahí, y hablar con los vecinos y recoger las historias de los testigos: de cómo lo llevó un Judas con mentiras y falsas promesas, de cómo lo vendieron por unas monedas y lo entregaron en un huerto a la tropa. Ella lo lloró un par de horas, pero pronto las lágrimas fueron fortaleza y ella supo que tenía que encontrar la verdad, y buscarlo, y llegó a ese Gólgota por el que pasaron tantos inocentes, y del dolor construyó fuerzas, y del dolor sacó la perseverancia para encontrar la verdad que le habían negado a su hijo, y subió la mirada y lo vio ahí, mirándola desde lo alto, y las lágrimas rodaron, pero no era hora de dolor sino de rabia. Y ahí juró que iba a contar esa verdad, y cuando sintió la mirada desde allá arriba, supo que no le iba a fallar hasta que se le acabara la vida, y quiso que él pudiera estirar la mano, y tocarle la mejilla, y que le dijera que todo iba a estar bien. Ese hijo también somos todos.